



#CARTASDEACOMPAÑAMIENTO

Querido lector/ra:

Dentro de estos días inhóspitos y raros, te escribo para hacerte más amable este ratito. Sinceramente no tengo mucha experiencia escribiendo cartas, ya que, en mi generación, lo de las cartas ha quedado relegado por los emails y whatsaps. Pero pienso que hay algo romántico o mágico entorno a ellas. Yo las relaciono con mi niñez, es cuando más cartas he leído y enviado. Todas iban destinadas a mi mejor amiga, Patricia, que se fue a vivir a Madrid. Pero mejor empiezo por el principio.

Aterrqué en un pueblo de Zaragoza, Calatayud, a la edad de siete años. Antes había vivido en Francia, y aunque mi nivel de castellano era bueno gracias a mis abuelos maternos, es verdad que el francés ocupaba el primer lugar en mi cabeza y mi corazón. Siempre había ido a colegios franceses, pero el destino me llevaba a probar algo nuevo. Recuerdo muy bien como fue el primer día, estaba aterrorizada. Es curioso como algunos recuerdos de niñez se graban en tu retina, y te transportan con todas las sensaciones de entonces. Ahora mismo, se me encoge el corazón y noto en el cuello el mismo temblor. En el patio, ante un gran portalón de color verde, había multitud de cabezas. Niños de diferentes edades se disponían en filas, clasificadas por los diferentes cursos. Yo no sabía dónde ponerme, me sentía perdida entre tanta gente. Cerraba la boca con fuerza y notaba las mandíbulas tensas, aguantándome para no llorar. Notaba como algunos ojos nuevos me miraban, y se preguntaban entre ellos quién era. Me coloqué en una de las filas, la que veía que por la altura podía encajar. Los que vinieron detrás no respetaron el orden, y se colaron delante de mis narices. No me importó mucho la verdad. Sonó el timbre de entrada. Todas las filas se movieron en tropel, noté empujones detrás mío. Los niños impacientes se removían, saltaban, gritaban. Me asusté, ese gran portalón verde nos iba a devorar a todos, como una gran boca con dientes afilados. Aguanté los codazos y finalmente la marea humana me introdujo en el edificio. Una vez dentro, las paredes encaladas con manchas amarillentas aparecieron. Los techos altos culminaban con pequeñas ventanas alargadas, por dónde se filtraban pequeños rayos de sol. Había aterrizado en un colegio de la posguerra, viejo y que daba

#CARTASDEACOMPAÑAMIENTO

miedo. Dentro del caos que vivía, mi mente práctica, siguió la fila de niños. En particular a una niña rubia con trenza. Entré en una clase, repleta de mesas y sillas metálicas de color verde claro. Me quedé de pie, mientras todos los demás se colocaban en sus sitios. Cuando todos ya se habían situado, y yo era la única que permanecía en el quicio de la puerta, escuché «Te puedes sentar aquí, si quieres». Esas palabras fueron como un bálsamo para mí, y sin dudarlo, me senté al lado de la niña con la trenza amarilla. «Me llamo Patricia, ¿y tú...?»

Así comenzó nuestra amistad, Patricia me dio la dulce seguridad de tener a alguien ante toda esa vorágine. Fueron años duros para mí, no fue una infancia precisamente feliz, me costó adaptarme. Pero eso es otra historia.

Los años pasaron, y cuando teníamos diez años, le tocó a Patricia mudarse a Madrid. La verdad que fue un palo. Estuve muy triste una temporada, después, me llegó su primera carta.

En nuestras cartas, a modo de diario, relatábamos nuestras emociones, el chico que nos gustaba, nuestros problemas...nuevas noticias. Yo esperaba con ansias su carta en el buzón, y cuando llegaba, la leía rápidamente, y luego la releía deleitándome en sus palabras. Así pasaron varios años, luego las cartas se fueron espaciando, hasta desaparecer. Conocimos otras personas, tuvimos nuevas experiencias y la niñez, al igual que las cartas, se esfumó.

Esas fueron las primeras cartas que escribí y esta que te escribo a ti la última. Espero haberte entretenido un rato, y si te preguntas si todavía mantengo relación con mi amiga, la respuesta es no. Las nuevas tecnologías nos permiten saber los unos de los otros datos inconexos. Pero también te diré que, si recibiera hoy en día una carta suya, me haría muchísima más ilusión que ver sus fotos colgadas en una fría red social.

Seguro que tú también tienes una historia escondida tras tus primeras cartas.
Un beso y mucho ánimo.

Yas.
#carta23